

DOCTORANDOS BOLONIA

Seminario: “Libro de estilo del doctorando en Comunicación y/o Derecho”
Primer cuatrimestre

Félix Rebollo Sánchez
felixrebollosanchez.wordpress.com
@rebollosanchez

Avance: cala en el estilo del doctorando

Existe un “run-run”, en la actualidad, de que se descuida el aspecto formal en los trabajos de investigación, sobre todo a la hora de redactar, e incluso “hasta en doctores”¹. Tal vez sea cierto; pero, sin embargo, nos quedamos en la continua queja sin que sepamos corregir esos atropellos. Estos los vemos en las universidades, no solo en los escritos oficiales, también en los docentes cuando sacan un comunicado o simplemente en las calificaciones, en los rótulos de las puertas, etc. ¿Cómo es posible en la Alma Mater? ¿Por qué nadie se preocupa? ¿Por qué si alguien dice que está mal escrito se le señala o se le tilda como purista? Nadie quiere escuchar sus errores. Y, sin embargo, “buena parte de los universitarios no superaría hoy el listón gramatical (dos faltas de ortografía o tres de puntuación acarreaban el suspenso) que se aplicaba décadas atrás a los alumnos de nueve años en el examen de ingreso al bachillerato”².

Todo nos tiene que llevar a una posición activa y creadora, que es en realidad lo que se pretende. El lenguaje se ensancha, enriquece la forma de comunicarnos, y el efecto de crear y de fijar las palabras constituyen hechos significativos que, como recuerda Rafael Lapesa, requiere una serie de modalidades que se cifrarían en "claridad, propiedad, rigor expresivo, decoro, corrección, armonía, abundancia y pureza"³. Pero, en la práctica, aunque se consideran fundamentales, son cotas difíciles de alcanzar, y nadie está exento de caer en lo contrario. Sin embargo, el dominio del lenguaje debe ser nuestra máxima si queremos llegar a construir pensamientos que sensibilicen al posible lector. Si como siempre he defendido música y arte de escribir deben estar en el mismo campo semántico, o al menos ir de la mano, las redacciones de las tesis constituyen el andamiaje. R. Quenau al publicar su ensayo de *Ejercicios de estilo* nos recuerda que lo escribió acompañado de la música; fue su origen, cómo coadyuvó a escribirlo.

La redacción y **las normas de estilo para juristas** deben ser semejantes en cualquier profesión, tener como base las emanadas de la Real Academia de la Lengua, que a su vez ha recogido el consenso de los hispanohablantes, y las declara como norma. En el carácter normativo se apostilla: “La norma surge, pues, del uso comúnmente aceptado y se impone a él, no por decisión o capricho de ninguna autoridad lingüística, sino porque asegura la existencia de un código

¹ Millán, A., *Libro de estilo para juristas*. Barcelona, Bosch, 1997, pág. 9

² Barbería, J. L., “Mucho título y pocas letras” en *El País*, 19 de octubre de 2008, pág.34

³ Lapesa, R., *Introducción a los estudios literarios*. Madrid, Cátedra, 1981, pág. 33 y ss.

compartido que preserva la eficacia de la lengua como instrumento de comunicación” (pág. XIII del *Diccionario panhispánico de dudas*). Con el poeta latino Horacio “en manos del uso se halla el juicio, el derecho y la norma de hablar”.

Escribir es una necesidad que, a su vez, se convierte en comunicación. El lenguaje escrito debe llamarnos la atención por su decoro, su precisión; en la universidad constituye sus cimientos, sea cual sea la especialidad. Un caso alarmante es no saber poner las tildes o citar bien una revista, un periódico, un libro, un artículo. La pregunta es obvia: cómo ha podido llegar a la universidad, ser un doctorando o un profesor/a, e incluso impartiendo docencia. El problema es grave. ¿Pero quién pone el cascabel al gato como vulgarmente se dice?

La respuesta depende de cada uno. Tenemos que ganar la palabra, o en expresión rilkeniana transportar, comunicar “una palabra ganada, pura” en una sociedad tan convencional, tan poco generosa, con la lengua. Si perdemos la palabra, perdemos la memoria, la vida, el pasado; es nuestra vestidura, nuestra bandera para enriquecernos, para ser felices, para compartirlas. Es el campo filológico el que derrama, penetra, el que constituye el centro de las humanidades, que son las que vivifican, entrelazan las palabras. Estas nos pertenecen nos recordaba, constantemente, Carlos Fuentes. Por el contrario, José Agustín Goytisolo en su “Oficio de poeta” nos insistió en que había que devolverlas a su auténtico dueño: “La materia del canto / nos la ha ofrecido el pueblo / con su voz. Devolvamos las palabras reunidas / a su auténtico dueño”.

Pero, si gran parte de nuestros actos tienen como objetivo encantar, ser ejemplo, ¿por qué no lo escribimos?, ¿por qué no somos espejo, decantamos las palabras, las llenamos de poesía, de música? No las evocamos para nosotros sino para la otredad, de ahí **la importancia de la creatividad**. Somos como peregrinos que anunciamos nuestro pensamiento después de un esfuerzo; dadores de formas en las que el significante cobre su máxima perfección para alcanzar la connotación. Kant nos recuerda que la verdad de un poema, de un escrito, es la integridad de su forma. Arrebatador es que Keats nos plasme que la verdad es belleza y esta verdad. Cuando creamos, cambiamos. La forma es lo nutriente de lo que hacemos, exactamente lo que nos recomendaba Rilke: “cambia tu vida”.

Así como lo que nos propuso Vicente Huidobro: “crear, crear, crear”. He ahí una base nítida de nuestros trabajos de investigación que el poeta recalcó a principios del siglo XX. Fue en el Ateneo de Buenos Aires, en una conferencia que impartió en junio de 1916, donde expuso plenamente la teoría (“fue allí donde se me bautizó como creacionista por haber dicho en mi conferencia que la primera condición del poeta es crear, la segunda crear, y la tercera crear”. El planteamiento de Huidobro es “hacer un poema como la naturaleza hace un árbol”; es decir, el poema creado en todas sus partes, como un objeto nuevo; por consiguiente, el poema será un objeto autónomo. Los creacionistas quieren hacer un arte que no imite ni traduzca la realidad. El mensaje creacionista viene recogido en verso:

Que el verso sea como una llave / que abra mil puertas. / Una hoja cae; algo pasa volando; / y el alma del oyente queda temblando. / Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra; / el adjetivo, cuando no da vida, mata. / Estamos en el cielo de los nervios; / el músculo cuelga, / como recuerdo, en los museos; / mas no por eso tenemos menos fuerza: / el vigor verdadero / reside en la cabeza. / Por qué cantáis la rosa, ¡oh, poetas! / Hacedla florecer en el poema; / sólo para nosotros / viven todas las cosas bajo el sol. / El poeta es un pequeño Dios."

El mismo axioma repitió en el Ateneo de Madrid, el año 1921. Que no es otro que el arte es una cosa y la naturaleza otra. En palabras del poeta chileno: "**Yo amo mucho el Arte y mucho la Naturaleza. Y si aceptáis las representaciones que un hombre hace de la Naturaleza, ello prueba que no amáis ni la Naturaleza ni el Arte**". Lo que subyace en su "arte poética" son las inquietudes de muchos poetas jóvenes que construyen sus poemas con los elementos que les da una realidad exclusivamente artística. Y es en el mundo de la imagen donde se puede dar respuesta a los interrogantes del momento.

Un ejemplo clarividente de la importancia de la redacción, que en su momento concitó la sorpresa y admiración, fue cuando la Facultad de Derecho de la Universidad Pompeu Fabra implantó la asignatura Redacción Judicial y Documental.

José Antonio Marina escribe que nos "movemos, pues, en un entramado de palabras, palabras, palabras"⁴. A la misma expresión recurrió Fray Antonio de Guevara en *Epístolas familiares*. Y es exactamente lo que le contesta Hamlet a Polonio:

Polonio: ¿Qué estáis leyendo, Señor?

Hamlet: words, words, words

La palabra como evocadora, no puede ser inane; si así fuere nos avocamos al vacío. Hay que recuperarla para fecundar la imaginación. En nuestro caso, hemos celebrado hace unos días el VI Congreso Internacional de la Lengua Española en Panamá, pero no para alborotar sino para ampliar conocimientos, para ahondar, para pulir, para zambullirse en el lenguaje, para el goce de la palabra; o, al menos, para eso debería servir; aún, y a nuestro pesar, estará la clase política de las dos orillas que inflará el pecho con palabras rimbombantes y sin sentido, hueras, que no contribuyan precisamente a dignificar el Congreso; este sería el mal, la palabrería inane, empalagosa y no la creatividad, el

⁴ Marina, J. A., *La selva del lenguaje*. Barcelona, Anagrama, 1998, pág.20

conocimiento, evocar el mejor tú, o simplemente, buscar el nombre exacto de las cosas como nos recordó Juan Ramón Jiménez.

Me llamó la atención el fragmento del discurso de inauguración del VI Congreso de la Lengua Española que publicó el diario *El País* el 26 de octubre de 2013 por la hermosura, por la forma en que está escrito⁵. Su autor es el escritor Sergio Ramírez en el que descifraba la importancia de una lengua cambiante y múltiple que yo en mi “Twitter” calificué de memorable. Es más, dije que hacía tiempo que “la cuarta página” del diario no se vestía de hermosura.

La lengua, la palabra, la que cambia, la que huye, el enriquecimiento cimentado en la “incesante aventura, de Cervantes a García Márquez, de Góngora a Rubén Darío, de Lope de Vega a Julio Cortázar, de Pérez Galdós a Calos Fuentes, etc.” es la que nos alimenta.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/).

⁵ Ramírez, S., “Una lengua cambiante y múltiple” en *El País*, 26 de octubre de 2013, pág. 29

